

# JACKSON: LA CONTRAFIGURA DE KISSINGER

**S**i los acuerdos firmados por Nixon en Moscú no han llegado lejos, si el viaje se considera un semifracaso, se debe a una figura ascendente de la política senatorial de los Estados Unidos: Henry («Scoop») Jackson. Un eficaz y brillante guerrero frío. La contrafigura de Henry Kissinger. Cuando Kissinger conversa con los gobernantes soviéticos, les explica que no puede ir más lejos: «Jackson me tiene con las manos atadas». Jackson lo comenta con satisfacción: «Henry (Kissinger) me cuenta cómo explica a los rusos que el problema soy yo; les dice a ellos la fuerza que tengo, y a mí me cuenta lo que los soviéticos dicen de mí». Y sobre esta fama de intransigente, de duro («Liberal en política interior, duro e intransigente en política extranjera», según el relato que hace de él James Reston en el *Times*, de Nueva York), Henry Jackson va construyendo paso a paso su edificio presidencial: querría ser el candidato por el partido demócrata en 1976, enfrentándose con el «blando», con el negociador y pacifista Edward Kennedy.

Pero Jackson, ¿es realmente Jackson? Es, sobre todo, un conjunto de fuerzas que están disconformes con la política de reducción de tensiones a comenzar con los militares más cerrados del Pentágono. Les ha servido siempre. Ya cuando el tristemente célebre Joe McCarthy —el de la «caza de brujas»— comenzó a atacar al Ejército por la infiltración comunista que suponía en sus filas, el senador Jackson fue uno de sus grandes defensores: de esta forma asentaba su liberalismo, pero agregándose a la gran fuerza que finalmente derrotaría a McCarthy, la militar. Pero no podía ser sospechoso de comunismo, porque era uno de los grandes campeones del anticomunismo nacional, para lo cual tomaba apoyo en otra poderosísima fuerza: la central sindical AFL-CIO. ¡El Ejército y los sindicatos! Le faltaba un tercer punto de apoyo para ser inexpugnable: el dinero. Y la prensa... Lo conseguiría mediante una campaña intensiva a favor de Israel y a favor de la libertad de emigración de los judíos soviéticos. Con la representación senatorial del «lobby» israelí, con el apoyo de la central sindical y con el Pentágono de su lado, Jackson resulta una fortaleza inexpugnable. Y puede comprenderse que Henry Kissinger lo presente como la contrafigura que dificulta sus negociaciones con los soviéticos. No está ex-

cluido que lo utilice con el fin de obtener mayores concesiones.

El retrato de Jackson no difiere en mucho del de cualquier conservador, el de cualquier guerrero frío de cualquier lugar del mundo. Consiste en no ser muy sensible a los argumentos ni a las palabras y en repetir machaconamente algunos argumentos que no han perdido vigor en gran parte de la opinión pública: «La URSS es un rival peligroso, imprevisible», «La coexistencia es una trampa», «Si la fortaleza de los Estados Unidos está en su fuerza militar, no debe abandonar ese terreno para luchar en el de la política». La idea de la trampa se expresa así en la insistente tesis de Jackson: la Unión Soviética supo y sabe aún que los Estados Unidos tienen un primerísimo lugar en arsenal y capacidad de fabricación de armamento y en tecnología de todas clases. El gran descubrimiento político soviético es el de adelantar unas fórmulas de paz, de manera que los Estados Unidos acepten limitar su producción de armas, y al mismo tiempo la presten su ayuda para adelantar en el terreno técnico e industrial, de forma que, a la larga, los Estados Unidos habrán ayudado a la URSS a igualarles e incluso a superarles. Cuando esto se produzca, la URSS podrá lanzarse sobre los Estados Unidos, por vía militar o por vía ideológica, y disputarle con muchas posibilidades de éxito su imperio en el mundo.

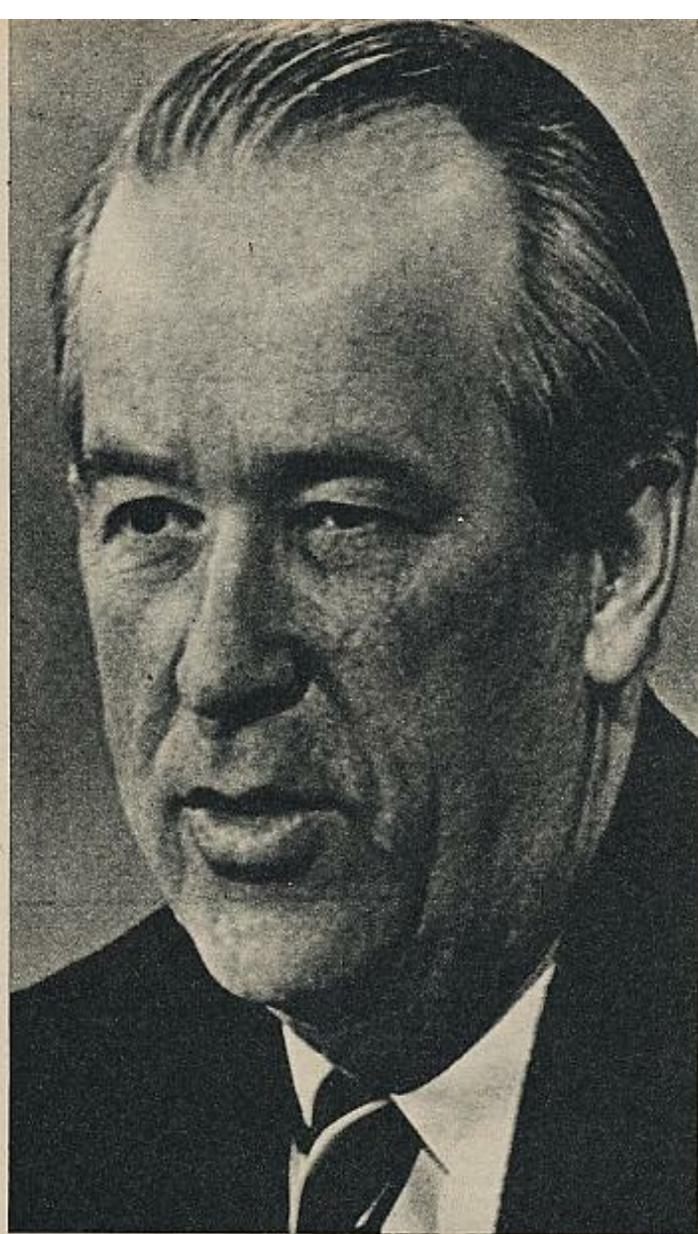
Naturalmente, Kissinger se esfuerza en explicar que el problema es inverso. Para él, y por lo tanto para el Presidente, el riesgo está en que la URSS se vea cercada, tenga problemas interiores y comprenda que los Estados Unidos son implacables en su cerco. En ese caso, no le quedaría más recurso que la guerra. Y a la gradación de fuerzas en más o en menos es, a estas alturas, completamente ridícula. Si los arsenales soviéticos son inferiores a los de los Estados Unidos, son lo suficientemente grandes como para destruirlos, y sus sistemas de misiles, lo bastante sofisticados como para llegar al corazón de América. Continuar la carrera de armamentos no tiene sentido, ni tratar de cercar a la URSS puede producir más que la posibilidad de una reacción brutal. Se pueden «tomar riesgos por la paz», según su frase, en la seguridad de que son menores que los que se tomen si se elige el camino fuerte. Jackson no es sensible a este argumento (entre otras razones, porque la indus-

tria de armamentos le mueve, y la industria de armamentos obtiene unos inmensos beneficios de continuar su fabricación), y no es sensible a ninguna clase de argumentos. Mientras Kissinger emplea su habitual torrente de palabras, mientras esgrime toda clase de sutilezas y de datos para convencer a los senadores, Jackson permanece callado. Apenas se molesta en repetir sus viejos tópicos. Y prepara una ley, una enmienda, una obstrucción.

Tiene, dicen, una gran habilidad para ello. Los argumentos de sus enmiendas o de sus proyectos de ley son tales que realmente obligan a la mayoría de los senadores a votar como él. Por ejemplo, en 1972, cuando Kissinger sometió a la ratificación del Senado el acuerdo con la URSS para la limitación de las armas nucleares, Jackson propuso una enmienda requiriendo que no se firmasen más acuerdos que no tuviesen presente la necesidad de los Estados Unidos de mantener la igualdad de armamentos con la URSS. Naturalmente, ningún senador podía oponerse a algo tan razonable, y la enmienda fue aprobada. Pero mediante ella los posi-

bles acuerdos con la URSS entraban en tal cúmulo de detalles técnicos para preservar esa igualdad, cuando de lo que se trataba era de algo bastante más simple (reducir mutuamente la fabricación futura) que sus efectos de obstrucción han llegado incluso a este viaje de Nixon a Moscú, donde no se ha podido llegar al acuerdo permanente de limitación de armas nucleares por la existencia de la enmienda de Jackson. Otra enmienda de Jackson se introdujo en el proyecto de ley de intercambio comercial con la URSS, en el que se debía dar a éste el trato de «nación más favorecida» (con efecto recíproco). La enmienda Jackson preveía que en efecto esto era deseable, pero que debía posponerse a que la URSS dejase libertad de emigración a los judíos soviéticos. En vano se arguyó que el problema de los judíos en la URSS no tenía gran cosa que ver con los acuerdos comerciales entre los dos países: los senadores votaron la enmienda Jackson, porque ninguno quería distinguirse por votar de una forma que le hubiera hecho ser considerado como «antisemita»: lo cual sería falaz, pero, sin duda,





Henry Jackson (izquierda) va construyendo paso a paso su edificio presidencial: querría ser el candidato por el partido demócrata en 1976, enfrentándose con el «blando», con el negociador y pactante Edward Kennedy.

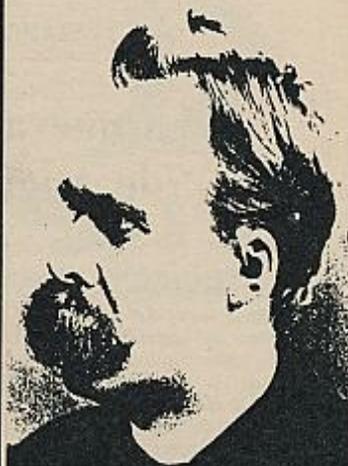
grave en los Estados Unidos para una carrera política.

El eje de su disputa teórica con Kissinger es simplemente éste: Kissinger mantiene que la URSS, a medida que va cooperando con los Estados Unidos y, por lo tanto, perdiendo su vieja sensación de estar cercada y amenazada, suaviza y liberaliza su política interior. Jackson, por el contrario, cree que la URSS debe previamente liberalizar su política interior y cambiar su sistema, tras de lo cual las negociaciones con los Estados Unidos podrán ser eficaces. Cabe preguntarse si a uno o a otro les importan gran cosa lo que la URSS haga dentro de sus fronteras y la forma de gobernarse que tengan sus ciudadanos. Si les importa en razón de que durante todos los años de la guerra fría se ha descrito el sistema soviético como el enemigo de los Estados Unidos, como una fuerza de opresión y de mal absoluto, y los políticos necesitan que la opinión pública les autorice a negociar con estos representantes del mal absoluto. Pero los puntos de vista de la carrera personal de Kissinger y Jackson son muy distintos. Todo político ame-

ricano inicia su carrera con una meta clara, la de llegar a la Presidencia de los Estados Unidos. Todos menos uno: Henry Kissinger. Judío nacido en Alemania y emigrado después a los Estados Unidos, la Constitución le impide llegar a la Presidencia (se ha intentado una enmienda constitucional que se lo permitiría, pero hasta ahora no ha prosperado). No puede aspirar, por lo tanto, a más de lo que ha llegado. Es prácticamente un Presidente en lo que se refiere a política exterior: un Presidente que actúa con el nombre de Nixon, maniatado por sus propias limitaciones personales y por el caso de Watergate. Kissinger sólo puede pretender, y lo hace con verdadero entusiasmo, entrar en la Historia como el gran pacificador de nuestro tiempo, el hombre al que la Humanidad puede deber su salvación (si es que se salva) de la guerra atómica. El Premio Nobel de Paz, que se apresuró a aceptar, aunque la paz del Vietnam estuviese mal saldada, era ya un paso hacia esa Historia universal. Trabaja en ese terreno y por un vía intelectual.

Jackson, en cambio, es clásico

en la política americana. Aunque hijo de emigrantes (noruegos; su padre fue contratista de obras), nació en los Estados Unidos (Everett, Estado de Washington, 1912) y siguió la carrera habitual, sin olvidar el ópico de vendedor de periódicos (de ahí le viene el sobrenombre de «Scoop»: en el argot periodístico, «scoop» es una exclusiva sensacional), la carrera de abogado, la entrada en la Cámara de Representantes (1940) y luego en el Senado (1952), hasta el hallazgo (dos años después) de un gran tema en el que distinguirse (como queda dicho, la defensa del Ejército contra el senador McCarthy). A partir de ahí, Jackson fue consiguiendo el apoyo de las grandes fuerzas conservadoras del país (Ejército, judíos, sindicatos) y apoyándose en ellas para el ascenso, en el que ve ahora la posibilidad de llegar a la Presidencia en 1976. Sus cálculos: tras el entredicho de Nixon, la nación elegirá un demócrata. Pero no buscará un demócrata suave y aperturista como Kennedy, sino uno con la suficiente energía como para mantener la fuerza y la cohesión del país, tan sacudido por las crisis actuales. Un demócrata como él... Si ha elegido bien las fuerzas en que apoyarse, también ha sabido elegir admirablemente aquélla a la que oponerse. La de Nixon, desde luego: pero no desde el punto de vista liberal, como es ahora lo habitual, sino desde el conservador. Y la de Kissinger: la talla de su enemigo da una medida para su propia talla política. Con cuidado de no distanciarse demasiado. «Henry (Kissinger) y yo buscamos lo mismo en las negociaciones con la URSS: sólo que yo presiono más». En sus polémicas públicas jamás hay ataques personales contra Kissinger: mantener la imagen de una buena amistad forma parte de su estrategia política. Y la tendencia de Kissinger a culpabilizarle le sirve de gran propaganda. Aparece como el hombre que no se deja sobornar, como el hombre que sabe mantener una posición firme. «Los soviéticos saben apreciarme: saben de qué forma les miro tranquilamente a los ojos y les digo "niet"». Pero quizá le aprecien menos en estos últimos días. Jackson ha jugado una carta que muestra cuál es su capacidad de maniobra política: Mientras Nixon y Kissinger estaban negociando en Moscú, Jackson hizo un viaje a Pekín... Donde, naturalmente, fue recibido con entusiasmo. Así contrapesaba una vez más la política Kissinger/Nixon, y mostraba al país la posibilidad de sacar partido al equilibrio de fuerzas... ¿Tiene posibilidades de llegar a la Presidencia en 1976? Es difícil de predecirlo en un momento en que toda la política interior está embarullada. Tiene, desde luego, posibilidades. Y algunos han calculado ya que no sería extraño verle en la Casa Blanca teniendo como consejero, y quizá como secretario de Estado, a su contrafigura de hoy: al propio Henry Kissinger... ■ J. A.



## Friedrich Nietzsche

507  
El  
Anticristo

Otras obras  
del mismo autor

346  
Ecce Homo

467  
Crepúsculo  
de los ídolos

377  
Así habló  
Zaratustra

406  
Más allá del bien  
y del mal

456  
El nacimiento  
de la tragedia

Alianza  
Editorial  
El libro de bolsillo